

ANTONIO AZORÍN: DE LA PASIVIDAD AL COMPROMISO

Antonio Azorín es una novela que, al igual que ocurría con *La voluntad* (1902), se relaciona, en cierta medida, con la crisis finisecular del XIX y la situación que se vivía en España a raíz de los desastres coloniales del 98 y la consiguiente decadencia económica, política y social que se instauró en el seno de la sociedad española de los primeros años del siglo XX.

Tal vez ello explique el hecho de que el personaje de Antonio Azorín se nos presente como uno más de tantos españoles de aquella época, caracterizados por la abulia, la desgana, la apatía y, como decían los noventayochistas, la falta de romanticismo e idealismo, elementos fundamentales para la necesaria regeneración del país. Así, sucede que, en la dedicatoria con la que se abre la novela, el escritor José Martínez Ruiz se presenta como mero “cronista” de la vida de Antonio Azorín, un personaje al que no le sucede “nada de extraordinario, tal como un adulterio o un simple desafío” ni tampoco piensa “cosas hondas”, porque él es “un hombre vulgar”, cuya vida se podría resumir en una frase lapidaria de Montaigne que José Martínez Ruiz recoge, literalmente, en francés, al comienzo de la novela, y que se podría traducir más o menos en el sentido de que Azorín no es capaz de llevar un registro de su vida por sus acciones, sino por sus fantasías.

Por tanto, el protagonista de esta novela, inicialmente, no es un hombre de acción; es un ser pasivo, contemplativo y fantasioso, cuyo retrato queda plenamente dibujado con ocasión de su primera puesta en escena, cuando de su maleta saca “unas camisas, unos pañuelos, unos calzoncillos, cuatro tomitos encuadernados en piel y en cuyos tejuelos rojos pone: MONTAIGNE¹.”

Azorín, en su permanente inactividad física, dedica toda la mañana a la lectura y a tomar notas. No hace otra cosa hasta las doce de la mañana, hora en la que baja al comedor. Después de comer, “se tumba un rato” para dormir la que él llama *la siesta de las cigarras*, porque, gracias a ellas, “Azorín se duerme a sus roncós sonos” (62).

Y, a continuación, una de sus actividades favoritas es “observar las plantas”, mientras pasea por el monte y por los campos. Ése es uno de sus “recreos predilectos”,

¹ *Antonio Azorín*, ed. de E. Inman Fox, Castalia, Madrid, 1992, p. 61.

porque dicho estudio le ayuda a conocer mejor al hombre. Así es como puede confirmar su idea de que los seres vivos que se adaptan al medio son los que triunfan, porque son “los más fuertes e inteligentes”. Además, hay plantas que, como los hombres, son buenas y malas; las hay explotadoras y que viven a costa de su prójimo y las hay laboriosas y resignadas; las hay amantes conservadoras de sus lugares y sus tradiciones; las hay firmes y fuertes y, por el contrario, también las hay dúctiles y diplomáticas; las hay humildes y las hay caprichosas, etc. Es decir, que, al igual que los hombres, las plantas tienen sus veleidades. “Las pasiones que nosotros creemos que sólo en el hombre alientan, alientan también en toda la Naturaleza. Todo vive, ama, goza, sufre, perece” (68). Interesante conclusión, que, como es lógico, retrata fielmente las variopintas especies existentes entre los españoles contemporáneos del José Martínez Ruiz que escribe, a comienzos de 1903, su novela *Antonio Azorín*.

Otra fuente de observación y estudio del contemplativo Antonio Azorín son las “sociedades animales”, tan interesantes como las “sociedades humanas”. En unas y otras hay miembros que se agrupan en sociedades y urbes jerarquizadas, mientras que algunos otros son insociables, como las arañas, las cuales sobreponen el amor a su raza a cualquier otro interés, algo que podría ser perfectamente equiparable a muchas de las sociedades humanas y, por tanto, a muchos españoles del momento.

Por eso Azorín ha dedicado un profundo y detenido estudio a tres de esos arácnidos, entre los que sobresale, de forma especial, uno de ellos, llamado Ron, que es un varón fuerte, un elegante e intelectual *saltador escénico* que, como tal, se mueve constantemente de un lado para otro y no gusta de tener un sitio fijo en donde vivir, sino que, como muestra de su frivolidad, se dedica a su deporte favorito, la caza. Y, como buen varón conservador que es, posee un voluminoso abdomen, no conoce la piedad y cree en las “causas finales”, por lo que, antes de comerse una mosca, se dedica a jugar con ella para que acepte de buen grado la finalidad a la que está destinada: servir de alimento al poderoso. Y, lo mismo que hace Azorín, también Ron se echa su buena siesta después de comer y, más tarde, se da unos habituales paseítos. Ron, conservador, demagogo y egoísta, es un símbolo fiel de esos españoles conservadores, apáticos, inmóviles, preocupados solamente de mantener inalterables sus costumbres y tradiciones, aunque para ello tengan que jugar con las vidas y los sentimientos de sus semejantes.

Cansado de sus observaciones y estudios sobre las plantas y los insectos, Azorín se traslada desde el collado de Salinas a Monóvar, en donde seguirá con sus mismos

hábitos, aunque el viaje le servirá para descubrir un nuevo placer: salir a la puerta de la casa a contemplar, cansado y hastiado, “la monotonía del cielo y la soledad de la calle”. Y así día tras día, algo muy propio de quien, a pesar de escribir en los periódicos, “es un hombre vulgar”. Y, como consecuencia de esa vulgaridad, no es consciente del desorden que va a crear en una familia cuando le pida a un amigo que toque el piano, en unos momentos en que la familia se encuentra de luto desde hace muchos meses. De ahí el espanto y la indignación con que las mujeres de la casa escuchan las melodías de Chopin y Rossini, circunstancia que aprovecha Martínez Ruiz para poner de relieve la importancia que por aquel entonces se concedía en España a la muerte. Así es como se explica la amarga crítica acerca de la condición triste de la España de comienzos de siglo: “En todos los pueblos, en todos estos pueblos españoles, tan opacos, tan sedentarios, tan melancólicos, ocurre lo mismo. Se habla de la tristeza española, y se habla con razón” (80).

Pero sucede que la llegada a Monóvar y, tal vez, la situación vivida en casa del amigo, han servido para que el indolente y contemplativo Azorín tome conciencia de la realidad de la calle y reaccione de forma inteligente y comprometida. El Azorín que vivía encerrado entre las cuatro paredes de la casa ha tomado contacto con su prójimo y ha dado un nuevo sentido a su vida. Ahora Azorín ya no se parece a la araña Ron: él se ha vuelto un hombre progresista, solidario y con una gran preocupación social.

En tal sentido habría que interpretar la parábola que el novelista pone en boca del personaje de Antonio Azorín cuando se dirige a unos obreros en un café de Elda, justo al final de la primera parte de la novela, lo cual es suficientemente esclarecedor de la metamorfosis que se va a producir en este personaje en las otras dos partes de la misma. En la segunda, coincidiendo con el protagonismo del maestro Verdú y del amigo Sarrió, verdaderos filósofos de la existencia. Y en la tercera, gracias a los viajes de Azorín por tierras de la Meseta.

Según la parábola azoriniana, había una vez un pobre hombre muy enfermo y pobre, pero que tenía la gran suerte de contar con un amigo periodista, el cual publicó un artículo pidiendo caridad para su amigo. Tan sólo tres hombres se dispusieron a ayudar al enfermo. Uno de ellos –ni delgado ni grueso y sin barba- aconsejó resignación y caridad; otro –delgado y con barba rubia- se mostró partidario de que el enfermo conociera sus derechos y tratara de conquistarlos, y, por fin, el otro –grueso y con barba negra- aconsejó que la única solución para su mal era nacionalizar la tierra. Ante el escándalo originado por la discusión entre ellos, la gente del pueblo acudió a casa del

enfermo y expulsó a los tres energúmenos, al tiempo que acabaron de convencerse de que en ellos, y sólo en ellos, estaba la posibilidad de recuperar la salud de ese vecino enfermo.

Así pues, Martínez Ruiz manifiesta con nítida claridad que la solución del pueblo español, que está representado simbólicamente por ese pobre enfermo, ha de venir de la solidaridad y la lucha común frente a los males que le rodean. Porque de quienes no se puede esperar remedio alguno es de la Iglesia, que aconseja la resignación y la caridad cristianas; ni de las doctrinas socialistas, que recomiendan la lucha de clases, y tampoco de los regeneracionistas que sólo fijan su punto de mira en asuntos económicos, tales como la nacionalización de la tierra.

Porque, como reconoce el antes inactivo Azorín, los seres humanos, al igual que ocurre con el mar, “vivimos, nos movemos, nos angustiamos, y tampoco tenemos finalidad alguna” (148).

O, como relata el maestro Sarrió a Azorín en una graciosa e irónica fabulilla, resulta que los hombres no quieren hacer uso de la inteligencia que Dios les dio al crearlos, porque gracias a ella toman conciencia de su propia insignificancia y de “la inutilidad de la existencia en esta ciega y perdurable corriente de las cosas” (158). De ahí que Dios les aconsejara que la tuvieran guardada en sus casas para usarlas cuando les pluguiera. Algo que habían hecho, de forma muy especial, los políticos, unos seres que nunca tuvieron inteligencia pero que decían tenerla “muy bien guardada en casa”, frase con la que se fueron ganando la simpatía y la confianza de las gentes, las cuales acabaron poniendo en sus manos la dirección y el gobierno de las naciones. Hasta que, transcurridos muchos siglos, los hombres fueron conscientes del engaño del que habían sido víctimas y, cuando quisieron volver atrás y recuperar su propia dignidad y su inteligencia, comprendieron que ya era demasiado tarde, porque “los políticos llenaban los parlamentos y los ministerios” (159).

Políticos que habían llevado a España a la situación de crisis en que se encontraba en esos años. Y españoles que no tenían la capacidad ni el deseo de reaccionar. Su único consuelo era añorar, triste y melancólicamente, aquellos tiempos pretéritos en que la nación, como la vida de cada uno de ellos, había tenido un cierto esplendor.

En tal sentido, y como es bien sabido, los hombres del 98 toman como punto de referencia la situación de Castilla, ayer pujante y dominadora, y hoy sumida en la pobreza económica, en el atraso y la ignorancia. Por lo tanto, José Martínez Ruiz, como

no podía ser menos, sitúa sus críticas en la Castilla manchega, en la Meseta, a la que tanto y tan bien conocía.

Así, uno de los lugares en que fija sus ojos es Torrijos, “el prototipo de los pueblos castellanos muertos” (186), poblados por hombres “ininteligentes y tardos”, sumidos en la rutina de la duermevela y arrullados por las lentas y agonísticas campanadas de las iglesias y los monasterios, que adornan ese “ambiente de soledad, de aburrimiento, de inercia, de ausencia total de vida y de alegría” (185).

La solución para esa España del Centro, inmóvil, rutinaria y cerrada al progreso, igual que hace cuatro siglos, habría de venir desde la nueva mentalidad que representa la España del Levante, más moderna y progresista, y, además, de la llegada del agua y de la mecanización de la tierra. Modernidad frente a tradición; ahí está la cuestión. Porque, como escribe el novelista monovero, “no podrán pensar y sentir del mismo modo unos hombres alegres que disponen de aguas para regar sus campos y cultivan intensivamente sus tierras, y tienen comunicaciones fáciles y casas limpias y cómodas, y otros hombres melancólicos que viven en llanuras áridas, sin caminos, sin árboles, sin casas confortables, sin alimentación sana y copiosa...” (194)

Y, característica también de la llamada Generación del 98, cuando Azorín recorre lugares como Torrijos, Maqueda, Valdepeñas o Infantes, aparece el recuerdo de personajes como el clérigo del tratado segundo del *Lazarillo*, o escritores como Cervantes, Lope de Vega y Quevedo, los cuales contemplaron esos mismos paisajes, posaron en similares mesones, charlaron con los mismos tipos castizos y peregrinaron “por los mismos llanos polvorientos y por las mismas anfractuosas serranías” (194).

En definitiva, y según Antonio Azorín, convertido ahora en la voz literaria de su creador Martínez Ruiz, la agonía de los pueblos castellanos es ejemplo de la agonía de la muerte que padece la España inmersa en la crisis de finales del XIX y comienzos del XX. Una España en la que durante todo el año se oye el rezo de las novenas y los tañidos fúnebres de las campanas; una España envejecida y enlutada, dominada por “un catolicismo hosco, agresivo, intolerante”, muestra evidente de la decadencia española, vivo ejemplo y consecuencia lógica de la decadencia de los Austrias.

A esa España habría que decirle que “la vida no es resignación, no es tristeza, no es dolor, sino que es goce fuerte y fecundo; goce espontáneo, de la Naturaleza, del arte, del agua, de los árboles, del cielo azul, de las casas limpias, de los trajes elegantes, de los muebles cómodos... Y para demostrárselo habría que darles estas cosas” (211). Sólo así se podrá conseguir ese hombre nuevo y eterno al que aspira el antes pasivo e inerte

Azorín, ese hombre, “en perpetua renovación, siempre nuevo, siempre culto, siempre ameno” (216).